la poesía social de miguel hernández

Toda la producción de Miguel Hernández —al menos la conocida— se extiende a través de doce apretados años: desde principios de 1930 hasta finales de 1941 (1). Durante el transcurso de esos doce años, España vive uno de los períodos más intensos y más trágicos de su historia. La sociedad española no encuentra la solución de sus problemas en la estrechez de las viejas fórmulas y busca nuevos esquemas a los que ajustar su futuro. El estallido de una prolongada crisis afecta, con sus variados signos, a la inmensa mayoría de los hogares de este desgraciado país. Si en algún caso podemos desligar la obra de un escritor del contexto histórico y sociopolítico en el que está inserto, menos podremos hacerlo en el caso de Miguel Hernández, que fue protagonista y víctima de tan luctuosos acontecimientos. Veamos, muy brevemente, cuál es el panorama

(1) El primer poema publicado de Miguel Hernández aparece en *El Pueblo de Orihuela*, el 13 de enero de 1930. Se titula *Pastoril* y está fechado "en la huerta" el 30 de diciembre de 1929. Por otra parte, según testimonios de algunos compañeros de prisión, el poeta dejó de escribir durante su última enfermedad.

Ministerio de Cultura 2011

externo que circunda al poeta y cuáles los condicionamientos particulares que inciden en su vida.

La situación socioeconómica de España al principio de los años treinta puede resumirse elementalmente en los siguientes puntos:

1.º Un sistema productivo débil y desequilibrado en relación con el de la mayoría de los países europeos.

2.º Una economía enferma, agravada por la depresión mundial de 1929.

3.º Un predominio excesivo del sector primario de la producción —el agrícola— sobre los sectores secundarios y terciarios —el de la industria y el de los servicios—, con problemas básicos muy importantes, como la pobreza de muchas tierras de secano, la irregularidad del clima, el bajo precio de las cosechas, la falta de atención a la política agraria, y, sobre todo, la injusta distribución de la propiedad de la tierra, con enormes latifundios concentrados en muy pocas manos.

4.º Un reparto injusto de la riqueza y de las cargas tributarias.

5.º Una gravísima acumulación de miserias humanas, que se derivan, no sólo de las dificultades permanentes o coyunturales y de la vetustez e imperfección de las estructuras, sino también del crecimiento demográfico, del exceso de población campesina —más del 45 por ciento—, de la progresiva intensidad de las inmigraciones, de la extensión del paro estacional, cíclico y tecnológico, de la falta de formación profesional, de la general incultura y del alto índice de analfabetismo que supera el 30 por ciento, y, especialmente, de la insolidaridad y del egoísmo de los poderosos (2).

Esta situación desemboca en una aguda crisis, que ya venía gestándose desde el siglo pasado, y que culmina en el trágico enfrentamiento de nuestra última guerra civil.

Dentro del contexto nacional, Orihuela, siempre ha sido una ciudad barroca, de naturaleza y espíritu barrocos, una ciudad fuertemente condicionada por la historia y por la exuberancia

---

(2) Vid. *Introducción a la Historia de España* de Ubieto, Reglá. Jover y Seco, Ed. Laia Barcelona; e *Introducción a la economía española* de Ramón Tamames, Alianza Editorial, Madrid.

Ministerio de Cultura 2011

del entorno vegetal. Podría citar una extensa relación de hechos que, a lo largo de los siglos, han venido configurando la peculiar fisonomía de esta ciudad (3); pero me interesa destacar, por la conexión que ofrece con el tema, uno especialmente; su estructura social, típicamente agraria, con escaso desarrollo comercial e industrial, que concentra el poder político y económico con un grupo muy caracterizado.

Los condicionamientos históricos y geográficos nos proporcionan con bastante fidelidad la imagen de numerosas comunidades, y, en el caso de Orihuela, la especial idiosincrasia de un pueblo de arraigada fe religiosa, de fuerte preponderancia clerical y de acusadas diferencias sociales. A veces, esa fe religiosa se ha deformado y ha superpuesto las formalidades externas, los esplendores litúrgicos, las intolerancias y los prejuicios, al auténtico espíritu evangélico, que apoya sus fundamentos en la libertad, en la naturalidad, en el amor, y en la justicia. Y este ha sido el motivo de la descripción, negativa de la ciudad, hecha por Azorín en sus años jóvenes (4), de las actitudes críticas de Gabriel Miró y de los testimonios, más recientes, de Manuel Molina y Vicente Ramos, influidos, en parte, por los primeros.

Orihuela, avanza con pausada lentitud, porque está prendida al sueño de pasadas glorias y a un presente constante de sensaciones ubérrimas. Y en esta dicotomía de la fugacidad y de la concreción reside su esencial barroquismo, su violenta alternancia en el juego de contrastes. "Orihuela, ciudad barroca —dirá Vicente Ramos—: dormida y despierta; diligente y perezosa; retrógrada y progresista; clerical y anticlerical; analfabeta y culta; creyente y agnóstica. Suma de contrarios. Desconcertante ciudad" (5).

De la entraña más castiza de este pueblo surgió el corazón y la sangre, el viento y la palabra. Porque Miguel Hernán-

---

(3) Vid. *Introducción*, en *Antología de escritores oriolanos* de José Guillén y José Muñoz Gorrigós. Publicaciones del Excmo. Ayuntamiento de Orihuela, Orihuela, 1975.

(4) Vid. *Orihuela en Azorín, Gabriel Miró y Miguel Hernández* de José Guillén García y Manuel Ruiz-Funes, I.D.E.A., Alicante, 1973.

(5) Vicente Ramos: *Miguel Hernández*. Ed. Gredos, Madrid, 1973, página 10.

Ministerio de Cultura 2011

dez —corazón desmesurado, sangre honrada de poeta— desató definitivamente su palabra para convertirla en viento del pueblo, hacia el que tiende todas sus raíces. Este alumbramiento ofrece una serie de circunstancias que justifican en buena parte la trayectoria de la vida y de la obra hernandianas.

Pienso que la raíz más profunda de Miguel —la más condicionante— es su propia pobreza. También la del medio en que se desarrolla su infancia y su juventud. No es necesario repetir su historia con detalle: hijo de familia humilde, aunque no mísera; estudios que ha de abandonar en el umbral de la adolescencia para dedicarse al oficio de cabrero con el ganado de su casa; ocupaciones mal remuneradas; escaseces, agobios, dificultades económicas constantes a través de toda su vida y su misma muerte:

"Nunca tuve zapatos,
ni trajes, ni palabras:
siempre tuve regatos,
siempre penas y cabras.
Me vistió la pobreza,
me lamió el cuerpo el río
y del pie a la cabeza
pasto fui del rocío" (6).

Miguel comió el pan amargo de la pobreza, y esta circunstancia lo inclinó fraternalmente hacia todos los desheredados de la tierra. Sin esta vivencia no se puede llegar a comprender en toda su autenticidad ese clamor por la injusticia que se desborda en sus versos más vibrantes.

Es cierto que Miguel se rebelaba contra esa pobreza, por lo que tenía de injusta y por lo que suponía de impedimento para su realización humana y poética —tengo el testimonio de sus amigos—, pero también es verdad que la amaba tiernamente. Y esta disposición se transparentaba a través de su amor hacia las cosas humildes, incluso hacia las más deleznables. De

---

(6) MIGUEL HERNANDEZ: *Las desiertas abarcas,* poema sin fecha presentado por la "Revista de la feria", Albacete, 1962. Recogido por Claude Couffon en *Orihuela y Miguel Hernández.* Ed. Losada, Buenos Aires, 1967.

Ministerio de Cultura 2011

ellas hace una efectiva consagración por la palabra en una de sus prosas poéticas:

"¡Todos los días!, elevo hasta mi dignidad las boñigas de las cuadras del ganado, a las cuales paso la brocha de palma y caña de la limpieza.

"¡Todos los días!, se elevan hasta mi dignidad las ubres a que desciendo para producir espumas, pompas transeúntes de la leche: el agua baja y baja del pozo; la situación crítica de la función de mi vida más fea, por malponiente y oliente; los obstáculos de estiércol con que tropiezo y erizan el camino que va de mi casa a mi huerto; las cosas que toco; los seres a quienes concede mi palabra de imágenes, antonio...

"¡Todos los días! me estoy santificando, martirizado y mudo" (7).

Esta consagración de las cosas humildes aflora paradójicamente en los versos cultistas y herméticos de *Perito en lunas*, convirtiendo lo cotidiano en objeto poético, como ha señalado el profesor Sánchez Vidal (8).

Al proclamarse testigo de esta nueva redención, Miguel abarca asimismo todo el complejo mundo de su medio rural. Poco a poco se va fundiendo con la tierra que lo circunda, hundiendo en ella sus raíces, convirtiéndose él mismo en raíz terrosa y fecunda. La transubstanciación se produce de forma irreversible. Cuando el poeta afirma "me llamo barro, aunque Miguel me llame" (9), no se trata de una figura tropológica, sino de una señal de identificación. "Miguel —dice Pablo Neruda— era tan campesino, que llevaba un aura de tierra en torno a él. Tenía una cara de terrón o de papa que se saca de entre las raíces y que conserva frescura subterránea" (10). Y más adelante añade: "Su rostro era el rostro de España.

---

(7) *Miguel - y mártir*. O.C., pág. 957. (Con las siglas O.C. me referiré siempre, en este trabajo, a las "Obras completas", de Miguel Hernández, Ed. Losada. Buenos Aires.)

(8) Agustin Sanchez Vidal: *Miguel Hernández en la encrucijada*. Suplementos de "Cuadernos para el diálogo", Madrid, 1976.

(9) Vid. Poema 15 de *El rayo que no cesa*. O.C., pág. 220.

(10) Pablo Neruda: *Confieso que he vivido*. Ed. Círculo de Lectores. Barcelona, 1975, pág. 126.

Ministerio de Cultura 2011

Cortado por la luz, arrugado como una sementera, con algo rotundo de pan y de tierra" (11).

Esta identificación no solamente conduce a que Miguel escoja los elementos más humildes del mundo rural y los eleve a la categoría de arte, sino también a que se renueve el tema clásico de "menosprecio de corte y alabanza de aldea" con auténtico apasionamiento. El poeta añora lo suyo, defiende lo suyo; se añora y se defiende a sí mismo. Con razón señala Javier Díez de Revenga, en su estudio sobre *El silbo de afirmación en la aldea,* que el hecho de que se haga sentir como nuevo el tema del *Beatus ille* "es, sin duda, debido a la enorme sinceridad con que esta creación se ha escrito" (12).

Durante muchos años, el poeta vive en contacto con los objetos y con los seres que la naturaleza le brinda. Transita con su ganado por las breves colinas cercanas y por los palmerales que se aprietan al costado de la ciudad, por los barbechos de la huerta y los costones del río. Son sus amigos —sus hermanos— las plantas montaraces, los insectos, la pequeña fauna que se desliza entre las grietas, los árboles umbrosos, el sol y la lluvia. Pero también lo son, y en mayor grado, los hombres que empapan con su sudor la tierra que cultivan y ofrecen con su trabajo "la paz, el sosiego, y el amor" (13). Constituyen para Miguel la representación genuina del estado de inocencia, y en ellos, precisamente se centra la mayor parte de sus preocupaciones sociales, durante los años que pasó en Orihuela.

En esta época se pueden establecer, escalonadamente, tres planos definidos: a) su encuentro con la poesía: primeros versos publicados en la prensa oriolana; b) su lucha con la palabra poética: etapa gongoriana; y c) su actitud arraigada en el medio olecense: poesía religiosa y rural.

---

(11) Ibid. Pág. 127.

(12) Javier Diez de Revenga: *Miguel Hernández y la nueva versión de un tema clásico,* en "Revista del I.D.E.A.", Alicante, 1971, pág. 55.

(13) Vid. estos conceptos repetidos en diversas frases del auto sacramental de Miguel Hernández *Quien te ha visto y quien te ve y sombra de lo que eras* (parte tercera), cuando interviene el buen labrador. O.C. págs. 539 y siguientes.

Ministerio de Cultura 2011

Entre sus primeros versos, encontramos un largo poema en sextinas octonarias, fechado el 17 de marzo de 1930. Se titula *Al trabajo* y fue compuesto por Miguel, a requerimientos de don José Alcaraz y de don Luis Almarcha, para ser recitado en el Círculo Católico con motivo de la fiesta del 1 de mayo (14). Poesía retórica, de principiante, muy influida por los románticos, especialmente por Zorrilla, y quizás también con alguna huella de Gabriel y Galán. El concepto de trabajo —"bendita cruz"— es el tradicional que predica la Iglesia en aquellos tiempos y que, de algún modo, se ajusta a la encíclica *Rerum Novarum* de León XIII:

"Entonad conmigo el himno quienes buscan su progreso,
quienes todo en él lo cifran, quienes sienten el acceso
de sus obras culminantes, quienes vais del pan en pos.
Proclamad su recio influjo bienhechor. El engrandece,
él sublima y regenera, dignifica y enaltece...
¡El trabajo es una escala para ver más cerca a Dios!"

La segunda etapa de esta época supone un titánico esfuerzo por el dominio de la expresión. A Miguel le interesa, primordialmente, la forma, el ejercicio de la palabra en su modalidad poética. Su primer viaje a Madrid lo inclina por la imitación gongorina, cuando ya ha periclitado la moda que impuso el centenario del poeta cordobés. En ninguno de los poemas hernandianos escritos bajo este signo detectamos serias inquietudes sociales. Hay una *Oda - al minero burlona* (15), en la que, como en tantas otras composiciones de este estilo, el motivo se convierte en puro objeto de arte para suscitar el relámpago de una imagen poética. Sin embargo, por un momento, el minero se apunta como víctima del trabajo:

"Sigue segando homero del trabajo
y mártir de la mina..."

---

(14) Publicado en "Boletín Thader Extraordinario" *Homenaje a Miguel Hernández.* Orihuela, marzo, 1971.

(15) O.C., pág. 98.

Ministerio de Cultura 2011

También en la *Egloga - menor* (16) aparece un apunte de adjetivación —"Tu sonrisa no urbana"— que muestra ya en potencia la ideología que iba a centrar la preocupación social a que antes aludía y que corresponde a la tercera etapa oriolana del poeta.

En esta última etapa, Miguel se plantea una dicotomía de términos encontrados: la ciudad frente al campo. Para Hernández la ciudad representa el pecado, la impureza, el mal; quizás, en el transfondo, intuya, entre todos estos elementos negativos, como el más importante, la existencia de la injusticia social. En cambio, el campo es la concreción de la pureza sencilla e incontaminada. El campo es "todo de Dios", como proclama en *La morada amarilla* (17). "Venid aquí, hijos del surco —dirá en *Momento - campesino*— (18). Vuestra vida es la de la tierra, como vuestra muerte... Los hombres urbanos, cultos, pero sin cultura campesina, introdujeron en nuestras funciones las arañas que no pueden vivir si no es atadas a sus vicios brillantes... Os han destetado del campo. Os han expropiado la inocencia; os han desintegrado de vuestro cariño... Salvad vuestros pies de los zapatos". Y, poco después, insistirá en *Vía de campesinos* (19): "¡Oh, ciudad! malnutrida de labios removidos con todo lo peor: abandona tus muros. Hazte del campo donde naciste".

En un poema titulado *Profecía - sobre el campesino* (20), coétaneo, sin duda, de estos textos en prosa, Miguel vuelve a remachar el tema con exaltado convencimiento:

"¡Ay!, ¡ama!, campesino,
¡adámate! de amor por tus labores.
El encanto del campo está seguro
para ti, en ti, por ti, de ti lo espero.
En nombre de la espiga te conjuro:
¡Siembra el pan! con esmero.

---

(16) O.C., pág. 110.
(17) O.C., pág. 142.
(18) O.C., pág. 938.
(19) O.C., pág. 958.
(20) O.C., pág. 161.

Ministerio de Cultura 2011

Día vendrá un cercano venidero
en que revalorices la esperanza,
buscando la alianza
del cielo y no la guerra.
¡Tierra! de promisión y de bonanza
volverá a ser la tierra".

Las huellas de San Juan de la Cruz y de Fray Luis de León son evidentes.

Esta identificación con el protagonismo del campo, que es ya vitalismo real en su propia conciencia, quedará plasmada como visión cosmogónica y social en toda la arquitectura dramática y poética del auto sacramental *Quien te ha visto y quien te ve y sombra de lo que eras.* El proceso de humana ruralización de todos sus elementos fue captado sagazmente por Ramón Sijé, que, apenas publicado, lo juzgó así en *El Gallo Crisis* (21): "En el auto de Hernández... juega un poder poéticamente decisivo el campo, como mundo perfecto, como imagen, como estilo y como idea". Por otra parte, es curioso comprobar la postura que adopta Miguel en esta obra, tan acorde con la tradicional doctrina conservadora y tan diferente a las actitudes que muy pronto había de tomar. Comentando en la *Antología de escritores oriolanos* la escena séptima de la segunda parte del auto (22), en que el Deseo y los Sentidos tientan al Hombre con gritos subversivos, concluíamos con las siguientes palabras: "Destaquemos también la fuerte matización social de la escena, pero aquí, con sentido diametralmente opuesto al que poco después había de informar el definitivo rumbo de Miguel. Las ideas marxistas y la revolución, que preconizan los sentidos, constituyen las armas del pecado y se oponen a la Voz-de-Verdad" (23). En este orden de cosas, el neocatolicismo crítico de Sijé "que —como dice Muñoz Garrigós— no deseaba en modo alguno mantener el orden establecido, fun-

---

(21) *El comulgatorio espiritual.* (Hacia una definición del auto sacramental.) Números 3 y 4, San Juan de Otoño de 1934. Orihuela.

(22) O.C., pág. 514.

(23) O.C., pág. 177.

Ministerio de Cultura 2011

damentalmente en lo social y en lo religioso" (24) se movía entonces por terrenos mucho más avanzados; por ejemplo, cuando anatematiza a los zánganos de la sociedad, a los señoritos que no trabajan, y afirma premonitoriamente: "Vosotros, caballeros de frac, hicisteis un capitalismo imperialista, que, por reacción, originó el capitalismo sentimental del pobre, del obrero y del campesino. Pero el frac va a pagar las culpas de la blusa y de la camisa" (25).

Las ideas de Miguel, concordantes con su raíz olecense, todavía han de perdurar durante algunos meses, cuando marcha por segunda vez a Madrid. Las vemos latentes aún en *El silbo de afirmación en la aldea* (26) y en el mismo auto sacramental. A partir de la primavera de 1934, y ya en Madrid, se escalonan y hasta se superponen atropelladamente tres planos distintos de la producción hernandiana: su poesía religiosa y rural, los sonetos de *El rayo que no cesa, Breviario* y *Síntesis de amor*, como lo define acertadamente Manuel Ruiz-Funés (27), y las primeras muestras de su nueva conciencia social. Miguel ya había intuido la poesía profética, "en que todo ha de ser claridad —porque no se trata de ilustrar sensaciones, de solear cerebros con el relámpago de la imagen de talla, sino de propagar emociones, de avivar vidas—" (28). Pero una serie de concomitancias habría de precipitar su rápida evolución, que arranca de unos fundamentos, más o menos conscientes: el primero, su propia pobreza; el segundo, que nunca se ha valorado suficientemente, las profundas convicciones de Ramón Sijé sobre la necesidad de establecer una auténtica justicia social, aunque en los procedimientos rechace cualquier solución violenta. El pensamiento católico sijeniano anularía entonces cualquier posible remembranza y anula ahora cualquier congruente identificación. Creo que las implicaciones políticas se superponen en

---

(24) Jose Muñoz Garrigos: *El Gallo Crisis*. "Revista del I.D.E.A.", números 4 y 5, Alicante, 1970 y 1971.

(25) *El Gallo Crisis*, números 3 y 4. *Verdades como puños*, pág. 24.

(26) O.C. pág. 182.

(27) M. Ruiz-Funes: Algunas notas sobre *El rayo que no cesa*, de Miguel Hernández. I.D.E.A., Alicante, 1972.

(28) Miguel Hernandez: *Mi concepto del poema*. Transcrito por Leopoldo de Luis en "Papeles de son Armadans", núm. LXIX, diciembre, 1961.

Ministerio de Cultura 2011

este caso a las estrictamente sociales. Los otros condicionamientos reales que influyen sobre Miguel, algunos de los cuales han sido destacados con machacona insistencia, son los siguientes: a) la crisis espiritual y la supuesta superación de la ética cristiana, que alcanza su punto culminante en los años treinta y que supedita los valores morales a los valores vitales; b) la amistad que traba con algunos escritores progresistas —Neruda, Alberti, Aleixandre, etc.— y, en especial, el enorme ascendiente del primero, que con su cordial humanismo, su sabiduría y su experiencia gana por completo la voluntad del poeta oriolano; c) la mayor información que la gran ciudad puede proporcionarle sobre los agudos problemas sociales que el país tenía planteados; d) la indiscriminada convicción de que la Iglesia protegía a los poderosos y se desentendía "piadosamente" de las masas proletarias; e) el acceso a la moral natural, que el progresismo social le proporcionaba, y la consiguiente liberación de su vitalidad desbordante, represada por los prejuicios católicos y provincianos (29); pero, sobre todo, la inmensurable capacidad amatoria de Miguel, que se desborda en caudalosa riada, en milagro de comunicación cordial, proyectándose sobre toda la humanidad doliente; porque su generosa cosmovisión va de lo particular a lo general, de la amistad a la solidaridad, del amor concreto e individual a la comunión con todos los hombres que esperan su redención por la libertad y la justicia.

De 1935 son ya su breve artículo *Verano e invierno,* que expone la dureza del trabajo y la escasez de los campesinos castellanos, y su drama social *Los hijos de la piedra,* inspirado en la revolución de Asturias, y, que aparte los naturales defectos de construcción, supone el primer aldabonazo de su nueva conciencia.

Elvio Romero sitúa, por boca de González Tuñón, el momento trascendente de la decisión hernandiana: "Por ese entonces Miguel nos escuchaba atentamente cuando discutíamos con nuestros amigos en casa de Neruda o en la Cervecería de Correos, acerca de la doble función de la poesía en épocas de

---

(29) Cf. *Miguel Hernández en la encrucijada,* de Agustín Sánchez Vidal. y el prólogo a la edición de *Perito en lunas* y *El rayo que no cesa,* del mismo autor, Ed. Alhambra, Madrid, 1976.

Ministerio de Cultura 2011

ruptura, de transición, épocas revolucionarias. Un día Miguel Hernández se puso resueltamente de nuestra parte. Miguel sabía, como nosotros, que estábamos en medio de la tempestad" (30). No debe extrañarnos, por lo tanto, que dedique "A Raúl González Turón" (31) el primer poema de signo abiertamente social:

"Enarbolado estás como el martillo,
enarbolado truenas y protestas,
enarbolado te alzas a diario,
y a los obreros de metal sencillo
invitas a estampar en turbias testas
relámpagos de fuego sanguinario".

Son estos los tercetos del último soneto en endecasílabos que escribió Miguel. Rompía simbólicamente con su esquema clásico y barroco que tanto utilizó y que representaba, según Sijé (32), "el sagrario del tiempo y del espacio" frente a la libertad métrica de los poemas surrealistas y neo-románticos.

A pesar de que siempre se cita a Pablo Neruda como mentor de Miguel, éste se adelanta al chileno en el ejercicio de la poesía profética, siguiendo quizás el ejemplo de Rafael Alberti, que estaba ya políticamente comprometido. Creo que en el poema *Sonreídme* (33), escrito en los primeros meses de 1936, se concentra una violencia expresiva tan intensa como jamás había de emplear Miguel posteriormente, ni en sus más apasionados versos de guerra, cuya justificación resulta objetiva y congruente. La cadena poética se destaca —sin el freno de la rima y del metro— en una inundación de tremendas profecías, de rabiosas experiencias, de coléricos impulsos. No me refiero a la primera parte del poema —la que más se cita para señalar su ruptura con la Iglesia—, sino a la segunda mitad, la que funde en un solo cuerpo reivindicaciones sociales y acción revolucionaria.

---

(30) Elvio Romero: *Miguel Hernández, destino y poesía.* Ed. Losada. Buenos Aires, 1958, pág. 75.

(31) O.C., pág. 251.

(32) *El Gallo Crisis*, números 5 y 6.

(33) O.C., pág. 258.

Ministerio de Cultura 2011

"Agrupo mi hambre, mis penas y estas cicatrices
que llevo de tratar piedras y hachas,
a vuestras hambres, vuestras penas y vuestra
honrada carne,
porque para calmar nuestra desesperación de
toros castigados
habremos de agruparnos oceánicamente.
Nubes tempestuosas de herramientas
para un cielo de manos vengativas
nos es preciso. Ya relampaguean
las hachas y las hoces con su metal crispado,
ya truenan los martillos y los mazos
sobre los pensamientos de los que nos han hecho
burros de carga y bueyes de labor.
.....
Habrá que ver la tierra estercolada
con las injustas sangres,
habrá que ver la media vuelta fiera
de la hoz ajustándose a las nucas,
habrá que verlo todo noblemente impasibles,
habrá que hacerlo todo sufriendo un poco menos
de lo que ahora sufrimos bajo el hambre,
que nos hace alargar las inocentes manos
animales
hacia el robo y el crimen salvadores".

Es indudable que las incitaciones que se encabalgan en estos versos pueden conturbar el ánimo de muchos. Sin embargo, a pesar de su autenticidad, puesto que la poesía de aquellos momentos era un fiel reflejo del drama social que se vivía, hay también, como apunta Cano Ballesta, una buena porción de influjo literario que ejerce "el espíritu combativo y comprometido, formulado con vigor y apasionamiento extremos en los manifiestos y protestas de surrealistas franceses (34).

---

(34) JUAN CANO BALLESTA: *La poesía de Miguel Hernández.* Ed. Gredos, segunda edición. Madrid, 1971, pág. 293.

Ministerio de Cultura 2011

A partir del soneto dedicado a González Tuñón y del poema *Sonreídme* y, sobre todo, a partir del comienzo de la guerra civil, Miguel se convierte en "viento del pueblo", no sólo para "conducir sus ojos y sus sentimientos hacia las cumbres más hermosas" (35), sino para defender su libertad y procurarle una vida más digna y más justa. "Si la poesía social española —dice Leopoldo de Luis— tuviera que ser reducida a un solo nombre, por su autenticidad sin vuelta de hoja, tendríamos que limitarnos a escribir: Miguel Hernández" (36). Y Vicente Ramos afirma: "Miguel Hernández fue, sí, un gran poeta social, no político, no partidista...". "A nuestro poeta sólo se le puede adscribir al partido del hombre, del hombre libre...". "De su amor al pobre, al desamparado, amaneció su anhelo de justicia social; jamás de lo convenido por una facción política, aunque a ella se acercara por analogía de ideas y sentimientos" (37). De inspiración marxista son, por ejemplo, muchos de los vibrantes alegatos de Juan en *El labrador de más aire*, drama inspirado en el popularismo rural de Lope, cuyo centenario acababa de celebrarse:

"En mi tierra moriré,
entre la raíz y el grano,
que es tan mía por la mano
como mía por el pie.
Es mía la tierra llana,
que sobre el surco he nacido
y con mi esfuerzo la cuido
con mi amor y con mi gana.
.....
Me pertenece, aunque diga
que es suya, y no la conoce
ni siquiera por el roce
de un terrón o de una espiga,
.....

(35) Vid. Dedicatoria de *Viento del pueblo*. O.C., pág. 263.

(36) Leopoldo de Luis: *Poesía española contemporánea. Antología (1939-1964). Poesía social.* Alfaguara, Madrid, 1965.

(37) Obra citada, pág. 277.

Ministerio de Cultura 2011

Nadie merece ser dueño
de hacienda que no cultiva,
en carne y en alma viva
con noble intención y empeño.

En este punto, quisiera llamar la atención de un hecho singular que ya he señalado en otra oportunidad: Miguel no alude jamás a Orihuela en sus dramas sociales ni en su poesía revolucionaria. "El poeta preserva pudorosamente a su tierra de cualquier supuesto que implique la violencia y el desamor" (38).

Sus dos libros de guerra —*Viento del pueblo* y *El hombre acecha*— ofrecen un común denominador ideológico, pero están signados por diversa matización. El primero se atorbellina y se arrebata en entusiasmado torrente; se simplifica en espontánea elementalidad; renuncia a las complejidades del lenguaje poético para hacer patentes las sensaciones y las ideas de forma directa y eficaz; recurre al metro corto por su honda raíz popular; es el libro de la esperanza. El segundo alterna los anchurosos meandros con los rápidos vertiginosos; adensa el pensamiento y sensibiliza las emociones; complica sus esquemas formales y conceptuales; enriquece el mensaje; retorna al verso amplio de tradición más culta; es el libro del desencanto.

Analizar con detenimiento ambos libros desbordaría exageradamente cualquier discreta limitación. Tengo por fuerza que ceñirme a efectuar unas pequeñas calas.

De *Viento del pueblo* se han hecho las más encendidas alabanzas y las más agrias censuras. Para algunos es lo mejor que ha escrito Miguel; para otros resulta lo más deleznable. La pasión política juega una importante baza en estos juicios. Mi opinión crítica, honesta y objetiva, es que, junto a excelentes poemas, hay otros de inferior calidad. Es presumible que este descenso de calidad provenga del esfuerzo que Miguel realiza para llegar a todos los combatientes, incluso a los de más escasa cultura, pero este empeño de humillar su palabra, su hermosa palabra, mereció el reproche de un camarada tan

(38) Vid. *Antología de escritores oriolanos*, pág. 151.

Ministerio de Cultura 2011

calificado como Manuel Altolaguirre que, en un artículo publicado en la primavera de 1937, dedica al poeta oriolano esta reprimenda: "No. Tú sabes que no. Comprendo que en un momento de delirio escribamos cosas por el estilo. El potro, el aire, el trimotor, el trigo. Pero tú sabes como yo, que eso no es poesía de guerra, ni poesía revolucionaria, ni siquiera versificación de propaganda" (39). Se refiere al poema romanceado *Llamo a la juventud* (40).

Sin embargo, cuánta fogosa generosidad en aquel pecho de "ruiseñor de las desdichas" cuando canta *Sentado sobre los muertos* (41):

"Acércate a mi clamor,
pueblo de mi misma leche,
árbol que con tus raíces
encarcelado me tienes,
que aquí estoy yo para amarte
y estoy para defenderte
con la sangre y con la boca
como dos fusiles fieles".

Para amar y defender al pueblo adulto y al pueblo infantil, como en ese desgarrado grito de *El niño yuntero* (42), que encierra en la rotundidad de unas redondillas la más grave y dolorosa lección de injusticia y la inquietud más tierna y alarmante por uno de nuestros grandes problemas seculares:

"Me duele este niño hambriento
como una grandiosa espina,
y su vivir ceniciento
revuelve mi alma de encina.
.....

---

(39) MANUEL ALTOLAGUIRRE: *Noche de guerra. De mi diario.* En "Hora de España", marzo, 1937.

(40) O.C., pág. 279.

(41) O.C., pág. 268.

(42) O.C., pág. 272.

Ministerio de Cultura 2011

¿Quién salvará a este chiquillo
menor que un grano de avena?
¿De dónde saldrá el martillo
verdugo de esta cadena?"

Coincido plenamente con Agustín Sánchez Vidal cuando afirma que "quizás los mejores momentos de *Viento del pueblo* los alcance Miguel Hernández cuando la tonalidad lírica, que domina perfectamente, está conectada con su cosmovisión y tiene validez general" (43). Y coincide también en las preferencias comunes por la *Canción del esposo soldado* (44), que convierte en universal un mensaje lírico estrictamente personal; o bien por esas estrofas candentes que integran *El sudor* (45) y que, henchidas de solidaridad proletaria, hermanan a los hombres por el trabajo:

"Entregad al trabajo, compañeros, las frentes:
que el sudor con su espada de sabrosos cristales,
con sus lentos diluvios, os haré transparentes,
venturosos, iguales".

En *El hombre acecha* el hombre se ha convertido en lobo para el hombre. Es posible que las cotas líricas más altas de este libro se emparejen con la presencia del dolor, *El hambre* (46), *El herido* (47), *Las cárceles* (48), *El tren de los heridos* (49), son muestras ejemplares de mi aserción. En ocasiones aún brilla la esperanza o el vigor, como en *Llanto al toro de España* (50), o se expresa un sentimiento de afirmación, como en *Llanto a los poetas* (51). Pero a mí me inte-

---

(43) Prólogo a la edición de *Perito en Luna* y *El rayo que no cesa*, ya citado.

(44) O.C., pág. 301.

(45) O.C., pág. 296.

(46) O.C., pág. 326.

(47) O.C., pág. 328.

(48) O.C., pág. 332.

(49) O.C., pág. 335.

(50) O.C., pág. 316.

(51) O.C., pág. 336.

Ministerio de Cultura 2011

resa destacar, ajustándome a la especialidad del tema, la evolución que se observa en el pensamiento hernandiano en cuanto se refiere a ciertos aspectos de la organización social que antes había desdeñado. Quizás el viaje que realizó Miguel a la Unión Soviética le hiciera recapacitar sobre la complejidad de los estamentos que intervienen en el desarrollo armónico de los pueblos. En *Viento del pueblo* se dirige al campesino y al jornalero. En *El hombre acecha* vislumbra la importancia de la tecnología y la necesidad de que la cultura se asiente sobre bases de justicia y de paz.

En el poema *La fábrica - ciudad* (52), que el poeta dedica a Jarkov, se atisba el orden gradual de la producción y sus efectos inmediatos, que el poeta funde en una cosmovisión social con sus propios sueños y aspiraciones:

"Son al principio un leve proyecto sobre planos,
propósitos, palabras, papel, la nada apenas,
esos graves tractores que parten de las manos
.....
Ya va a llegar el día feliz sobre la frente
de los trabajadores: aquel día profundo
en que sea el minuto jornada suficiente
para hacer un tractor capaz de arar el mundo".

Y en *El hambre*, poema al que ya he aludido, opone la escasez o la falta de alimentos a las posibilidades de realización humana:

"Por hambre vuelve el hombre sobre los laberintos
donde la vida habita siniestramente sola.
Reaparece la fiera, recobra sus instintos,
sus patas erizadas, sus rencores, su cola.
Arroja los estudios y la sabiduría,
y se quita la máscara, la piel de la cultura,
los ojos de la ciencia, la corteza tardía
de los conocimientos que descubre y procura".

---

(52) O.C., pág. 320.

Ministerio de Cultura 2011

Si tenemos en cuenta lo apuntado, descubrimos, en resumen, tres estadios que marcan la evolución de las ideas sociales de Miguel Hernández: el primero corresponde a una concepción católica y agraria; el segundo, a una pasión revolucionaria que se apoya elementalmente en el peonaje no cualificado; el tercero a una organización de inspiración marxista que valora el esfuerzo industrial y tecnológico e identifica la cultura y el trabajo intelectual con la superación de la injusticia.

Pero esta es una conclusión de carácter técnico. La conclusión última que pervive en mí, y en la que insisto, tiene una base fundamental: la que se alberga, como cimiento firme, como cauce de toda comunicación humana, como cifra absoluta de toda entidad social, en aquel "corazón desmesurado", que hizo del amor la más poderosa arma de la palabra.

josé guillén garcía

Ministerio de Cultura 2011